

UN VERANO

Los veranos suelen ser revolucionarios. Es prácticamente una tradición. La mayor parte de las fiestas nacionales que conmemoran revoluciones se celebran en verano (el 4 de julio de Estados Unidos, el 14 de julio francés, el 18 de julio español, la infinidad de julios y agostos hispanoamericanos...). Dejando aparte algunas explicaciones incongruentes de orden astrológico, la más acertada es la de que en verano los poderes vigilan menos (vigilaban menos), los parlamentos están de vacaciones y la vida en general amenaza: momentos propicios para la irrupción de los revolucionarios en el ámbito público... Otros movimientos revolucionarios de verano son su fruto mismo. Por ejemplo, las clásicas revueltas de los «ghettos» negros en los Estados Unidos: en verano, el calor es insostenible en los abominables tabucos, las gentes viven en la calle y se comunican su desesperación entre sí, se enardecen; no hay escuelas o centros de enseñanza, y los jóvenes vagabundean; el trabajo es más escaso, falta el agua...

Este verano no ha habido revoluciones. Ha habido, más bien, un cierto proceso contrarrevolucionario, lento y moderado, pero firme. Las revoluciones escasean cada vez más. Lévi-Strauss divide a las sociedades en «cálidas» y «frías»; aquéllas serían las revolucionarias «por naturaleza», mientras que éstas, las frías, se caracterizan por su «no revolucionabilidad» (es su expresión); es decir, porque no son portadoras de un proyecto revolucionario. Es una distinción paralela a la que Gurvitch hacía entre sociedades «prometeicas» y «no prometeicas»; estas últimas serían las «frías», y las prometeicas las que, «provistas de historicidad», sostienen «una dialéctica abierta y consiente entre tradición, reforma y revolución». Estas distinciones son, naturalmente, dudosas. Las revoluciones suelen y pueden producirse en una situación en la que el grado de insostenibilidad se ha exagerado: cuando un sector de la sociedad se encuentra amenazado en sus funciones vitales y elige entre una muerte segura por consunción —generalmente, el hambre y la miseria— y una posibilidad de supervivencia por la revolución.

Sin embargo, parece que se extiende la zona «fría». Las revoluciones, hoy, son improbables. Los cambios brutales en el gobierno de un país se producen ahora más por golpes de Estado de naturaleza fría —un dirigente desplaza, o trata de desplazar, a otro— que por movimientos populares. El reciente caso de Marruecos y su antecedente del verano anterior son una muestra de ese movimiento: el pueblo no participó en ninguno de los dos intentos, ni a favor ni en contra (puede discutirse la espontaneidad de los movimientos de adhesión posteriores, como la de los que se hubieran producido si el resultado hubiese sido el inverso). Con

la misma indiferencia popular sucedieron en el pasado otros grandes movimientos de inversión en el Norte de África, aun en el caso de evicción de jefes enormemente populares —como Ben Bella en Argelia— o de monarquías tradicionales —el destronamiento del Rey Idris en Libia por el coronel Ghaddafi—, y aun en zonas consideradas como cálidas del África negra. Es curiosa la atonía de las masas en países que hasta hace unos años han demostrado ardor revolucionario en sus luchas por la independencia. El verano contrarrevolucionario ha tenido alguno de sus síntomas en África. La decisión racista de expulsión de los asiáticos de Uganda apenas ha tenido eco africano, con la excepción del Presidente Nyerere, de Tanzania. Ciertamente los indios, generalmente ricos y teóricamente protegidos por un «status» extranjero, por un pasaporte británico, no son elementos muy populares en África, y de alguna manera se les equipara con los residuos coloniales, como supervivientes de una época. Pero esta discriminatoria lucha contra la explotación no se ha manifestado en otros aspectos.

Los dos movimientos más notables en la reducción de revoluciones han sido los de Egipto y China. Globalmente considerado, el verano ha dado estas dos grandes sorpresas: la renuncia de Egipto a las armas y los técnicos soviéticos, y la retracción de China de posiciones anteriores a la revolución cultural.

En un principio se pensó que la Unión Soviética actuaba como moderadora en el conflicto árabe-israelí, y que su retirada, más o menos sustituida por la nueva asociación con Libia —económicamente poderosa y teóricamente revolucionaria— podría significar una posible reanudación de las hostilidades. Pero la federación con Libia no está prevista para antes de un año, y Egipto está ahora prácticamente inerte ante Israel. No solamente se han ido los técnicos soviéticos, sino que se han llevado con ellos su material: sus «Tupolev 16», sus «Mig 23», sus «Mig 21»; se han retirado las baterías de cohetes «Sam» 4, 5 y 6 (quedan en su lugar los «Sam 2»). Esto quiere decir que una incursión aérea de Israel sobre El Cairo no podría ser detenida o contrarrestada, ni hay armas de disuasión que pudieran hacer temer a los israelíes una represalia. Las amenazas que hoy pueda hacer Egipto a Israel, el anuncio de una reanudación de hostilidades por su parte, debe carecer de realidad. La idea de que los palestinos puedan volver a su tierra, de la que fueron expulsados, se ha hecho prácticamente imposible. No les queda más arma que el terrorismo, que es mucho menos eficaz de lo que ellos mismos piensan. El camino de las negociaciones está abierto, pero de unas negociaciones que de ningún modo pueden prever el regreso de los refugiados ni tampoco la devo-

CONTRA LA REVOLUCIONARIO

lución de las tierras conquistadas. Israel debe hacer alguna concesión: su interés es que Sadat se mantenga en el poder y no sea sustituido por alguna junta de oficiales belicistas o deseosos de venganza, capaces de hacer regresar a los soviéticos. Pero el eje de la cuestión no parece tanto el deseo egipcio de que se fuesen los técnicos soviéticos, sino el de éstos de marcharse. Es, sin duda, una de las formas más notables de la moderación revolucionaria, o de la contrarrevolución de verano.

La irrupción de China como país con política de potencia, de nacionalidad, es otro acontecimiento muy considerable. Acaba de ilustrarse con el veto en el Consejo de Seguridad contra la admisión de Bangla Desh, sobre la teoría de que este nuevo país no cumple los mandatos de la ONU (concretamente, la devolución de prisioneros de guerra, obligatoria al terminar las hostilidades). Sabemos, sin embargo, que la oposición de China a Bangla Desh tiene otro circuito: China tiene una alianza con Pakistán, porque Pakistán supone una oposición a la India; la India mantiene una enemistad —en momentos, armada— con China, y en cambio está favorecida por la Unión Soviética, que, por lo tanto, apoya a Bangla Desh. En la coyuntura actual de su política, China prefiere la proximidad con los Estados Unidos (antibangalés, por su pacto con Pakistán) que favorecer una posición soviética en Asia. Este es un movimiento tradicional político. La política, y muy especialmente la política internacional, no es refinada ni sutil —aunque algunos grandes diplomáticos le hayan dado ese tono en algún momento de su historia—, sino que opera con realidades gruesas y elementales como ésta. Pero lo que no deja de sorprender es que China, tenida como potencia ideológica, esté actuando como potencia clásica. Bangla Desh ha sido desde la fundación del Pakistán un país oprimido y colonizado, los pakistaníes occidentales se han comportado con brutalidad en sus relaciones con esa zona y su acción guerrera ha sido particularmente odiosa. China, que proclama hace años la política revolucionaria mundial, la creación de la ONU de los pobres frente a la de los ricos y la acción directa frente a la indirecta, se está moviendo en la ONU de una manera inesperada.

Este movimiento sería poco más que un síntoma si no hubiese sido simultáneo a otra serie de cambios profundos, como la revelación de la muerte de Lin Piao y ciertas formas de anulación de la revolución cultural, con la resurrección de algunas figuras separadas entonces del poder y, por el contrario, la depuración o desaparición de otras surgidas entonces y seleccionadas por Lin Piao. Si se atribuye a Lin Piao el papel de revolucionario, del puro, del creador de la doctrina de apoyo a la lucha de

los pueblos frente al imperialismo aun a costa de la guerra, sobre la que ha vivido China —y los maoístas— estos últimos años, su desaparición resulta un síntoma contrarrevolucionario. Es una tesis sin duda arriesgada, porque todo está envuelto en brumas, truculencia y misterio, y es difícil saber la última verdad, pero lo que se puede ver es el nuevo comportamiento chino.

Desde el punto de vista de la revolución general, el papel soviético comenzó a disminuir, muy lentamente, a partir del lanzamiento de la coexistencia pacífica, y paulatinamente fue siendo sustituido por la alternativa china. Cabe ahora dudar de que China realmente asumiese ese papel como una heredera del revolucionarismo que la URSS comenzaba a dejar vacante por una reflexión auténticamente marxista, o si lo hacía para aprovechar una forma de poder —el de ser la cabeza visible de los movimientos de insurrección—, con objeto de insertarse por esta vía en el papel de potencia mundial; la respuesta favorable de los Estados Unidos —y de la ONU, por consecuencia— a esta clase de acción le lleva a modificar ya su política. El modelo chino va desapareciendo, el modelo de los guardias rojos se va con los propios guardias rojos, apartados ahora del poder y relegados al trabajo manual en los campos.

Inesperadamente, esta nueva postura china podría traer, a la larga, una reconciliación con la Unión Soviética. Es cierto que los principales problemas que separan hoy a las dos grandes potencias comunistas no son ya ideológicos, como aparecieron en el principio de la gran disputa, sino de nacionalidades: la larga frontera, los territorios que China considera expoliados desde la época zarista, los continuos incidentes. Pero sabemos que problemas de mayor envergadura se han resuelto en el mundo cuando no se trata ya de cuestiones de ética o de principios, sino de intereses: una China con política de potencia frente a una URSS con política de potencia también es algo menos arriesgado para la paz mundial que el problema planteado por la hegemonía revolucionaria en el mundo.

El estado de la revolución en Hispanoamérica ha descendido también. La experiencia de Allende se encuentra comprometida por algo que se vio desde el principio de su gobierno, que tantas similitudes tiene con el de la segunda República Española en algunos momentos de su breve etapa histórica: la presión simultánea de la derecha y de la izquierda y el enfrentamiento violento a los dos extremos. Allende está siendo ahora más desafiado por la izquierda que por la derecha, pero ésta aprovecha rápidamente los desórdenes de la izquierda para acusar al gobierno de lenidad, de impotencia y de in-

capacidad de gobierno. Allende está maniobrando bien, pero el problema no es tanto el de su habilidad política, tan reconocida, como el de que la situación se escape de sus manos. La necesidad revolucionarista de salvar a los guerrilleros huidos de la Argentina compromete sus alianzas internacionales, sus seguros buscados contra la presión exterior; quizá los hubiese perdido de todas maneras, porque también en la Argentina la fuerza contrarrevolucionaria es ahora más fuerte y las represiones más duras. El peronismo pierde fuerza por la misma actitud de Perón de resistirse a acudir a su país; el mito del regreso se alarga demasiado. Mientras, en Uruguay los tupamaros han sufrido una pérdida grave con la captura de Raúl Séndic. No es definitiva esa pérdida; sin Séndic, el movimiento tupamaro puede continuar exactamente igual. Lo peor es la pérdida del sentido de invulnerabilidad y de acierto continuo en sus acciones militares. Ocurre en las revoluciones a largo plazo que sus protagonistas y sus favorecedores se cansan. Un esfuerzo revolucionario es terriblemente duro cuando no tiene perspectiva en el tiempo.

Las dos revoluciones que se han mantenido con entereza en el verano son las dos con perspectiva real en el tiempo: la del Ulster y la de Vietnam. Sus protagonistas están dotados del sentido de la historicidad, y al mismo tiempo están en una situación de perentoriedad que les hace ineludible otro camino que no sea el de la continuación revolucionaria. Es posible que la del Ulster se pueda deteriorar por unos actos de terrorismo indiscriminado, pero las posiciones de la clase social descrita por el catolicismo que profesan se hacen sin duda más fuertes, desde un punto de vista local como internacional. Lo mismo sucede con la de Vietnam, una vez que la conciencia nacional del país imperial contra el cual se lucha esencialmente ha admitido el principio general de que no puede proseguir la guerra. Estas dos revoluciones tienen un carácter muy peculiar, muy marcado: el de luchas de independencia contra ocupantes extranjeros, que cuentan con un importante sector nacional dominante y establecido en forma de gobierno. Las independencias africanas conseguidas en los años sesenta no siempre tuvieron este carácter de clase social enfrentada con otra privilegiada; es decir, la mayoría de las independencias africanas tuvieron un carácter menos visible de revolución —con evidentes excepciones, como la del Congo—, y muchas se consiguieron con escasa lucha. En un principio parece un bien para esos pueblos el haber conseguido su independencia sin haber pasado por el terrible trance de la revolución. Pero no han conseguido el cambio de estructuras necesario para una nueva vida, para unas nuevas bases. Chateaubriand definía las revolucio-

nes —unos años después de la francesa— como «línea de crestas que divide los tiempos —y, con ellos, los pensamientos, las costumbres, las curiosidades, las leyes, incluso los lenguajes— en un antes y un después absolutamente antagonistas y aparentemente inconciliables». No sólo la francesa, sino, luego, la soviética y la china responden a ese esquema. Responde la cubana de Fidel Castro, y algunas otras. Cualquier idea de revolución tiene, en los tiempos modernos, alguno de esos modelos, centrados muy claramente en uno, el de la Revolución francesa de 1789. Tenemos la costumbre de medir los movimientos revolucionarios con ese «pattern», y por eso decimos que la revolución parece menos posible en el mundo de hoy, en las sociedades de hoy. Sobre todo en las europeas. Un brote revolucionario como el de mayo de 1968 en París se calcula, también, sobre aquella revolución, probablemente por una cierta identidad románticamente buscada por los revolucionarios de mayo, por los lugares en que se desarrolló, por la idea general de cambio absoluto. La revolución de mayo ofrece a la vez la demostración de que aún son posibles estos movimientos, y la de que son imposibles: la hubo, y falló. Pero fue una curiosa revolución: sin muertos (cuatro, por accidente), sin un enfrentamiento directo entre dos capas de la sociedad.

Si prescindimos de este y de los otros modelos, veremos que a pesar de la existencia de un verano contrarrevolucionario y de la extensión de las sociedades frías, una agitación sorda se continúa. A veces estalla con sobresaltos de violencia —las bombas de Milán, los neofranquistas alemanes—, llevada por grupos de vanguardia. Es el modelo palestino, el modelo que acaba de tener una nueva ilustración con el atentado contra los deportistas israelíes en Munich, el modelo del IRA irlandés o el de los anarquistas, en fin, del siglo XIX y principios del XX. Probablemente estas irrupciones de violencia y de víctimas no discriminadas inquietan menos a los poderes que otros movimientos de fondo: incluso las capitalizan por la vía de la propaganda y por el sentimiento de horror que producen en los ciudadanos unos actos de los que pueden ser ellos mismos víctimas. Ya sucedió con las bandas anarquistas y los actos aislados. A los grupos superiores de la sociedad les preocupan más los movimientos de fondo, las grandes agitaciones sociales, las huelgas, las revueltas universitarias. Todos estos movimientos no han estado presentes en el ámbito europeo durante el verano —con la excepción de la huelga de los estibadores británicos— porque no es su temporada, pero se sospecha que van a producir un «otoño caliente» en muchos países. ■ JUAN ALDEBARAN.